

**ERNESTO GUHL NANNETTI:
AMBIENTALISTA Y ACADÉMICO**

Manuel Rodríguez Becerra*

Nos reunimos para honrar en forma colectiva la memoria de Ernesto. Cotidianamente, a quienes hoy asistimos a esta ceremonia, surgen en nuestra memoria diversos recuerdos de su personalidad los cuales al mismo tiempo que nos producen alegría y gratitud por haber tenido el privilegio de su amistad, nos hieren por su ausencia.

Ernesto perdura en la memoria de sus amigos y sus discípulos y perdurará por muchos años a través de su legado intelectual que tanto admiramos y que sirve de guía e inspiración a cientos de ciudadanos, en particular de ambientalistas, que no tuvieron la oportunidad de conocerle.

Y es que Ernesto fue un gran maestro que mucho más que una de las labores de su vida correspondía a una característica profundamente arraigada en su personalidad como bien lo recuerda su hijo Andrés Guhl al recordar los viajes de familia por tierra para llegar a diferentes sitios del país: “nos ibas enseñando y transmitiendo la importancia de estar siempre atento, de tener los sentidos abiertos para oír sonidos nuevos, para disfrutar de otros sabores y olores, para estar abierto a diferentes sensaciones, pero sobre todo para tener los ojos bien abiertos y ver todos los pequeños detalles de los distintos lugares que visitamos. Como decía tu papá nos enseñaste a no viajar como bultos de papa”. No podía ser de otra forma, pues justamente su padre Ernesto Guhl Nimtz, pionero en la ciencia de los páramos en Colombia, fue un maestro que enseñaba sobre la geografía del país en el terreno, en largas y duras excursiones, como lo recordaban bien sus exalumnos de la Universidad Nacional, así como sus hijos que tenían el privilegio de sus lecciones particulares en paseos de fin de semana.

Recuerdo yo, también, la insistencia de Ernesto sobre la necesidad de que los estudiantes conocieran el territorio como un fundamento de su formación, cuando concebimos y dictamos el curso ‘Colombia hoy’ en la Universidad de los Andes, a principios de los años ochenta. Precisamente por inspiración de Ernesto es que las visitas a los páramos y otros lugares cercanos a Bogotá entraron a formar parte de los programas de mis cursos.

Fue en la universidad donde comenzamos a forjar nuestra amistad, si bien ya nos conocíamos desde los años escolares en el Gimnasio Moderno. En los años ochenta y principios de los noventa, Ernesto contribuyó al desarrollo de los Andes como profesor, decano de la Facultad de Ingeniería y vicerrector académico. Esta faceta universitaria no siempre es recordada, toda vez que Ernesto en sus tres últimas décadas, a partir de su ejercicio como viceministro de medio ambiente, se dedicó por completo a la generación de conocimiento y al activismo ambiental, tareas que supo adelantar con eficacia y compartir con generosidad.

Su contribución a la puesta en marcha del Ministerio del Medio Ambiente y del Sistema Nacional Ambiental, que justamente este año cumple su trigésimo aniversario, fue

singular. Al iniciar actividades el Ministerio en 1993, como ministro nombré un comité especial para que reglamentara los cinco institutos de investigación -creados mediante la ley 99 de 1993-. De él hicieron parte Margarita Marino, Julio Carrizosa, Eduardo Uribe, Pablo Leyva y Ernesto, quien desde entonces fue siempre miembro de los consejos directivos del Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas SINCHI, y del Instituto de Investigaciones Marinas y Costeras (INVEMAR). Sin duda fue un miembro clave de ellos al concebirlos e impulsarlos, labores a las cuales dedico cientos de horas. En el Sinchi fue el editor de la *Revista Colombia Amazónica*, desde su primer número publicado en 2007 hasta el número que apareció pocos días antes de su fallecimiento.

Pero no solamente contribuyó a la conformación de estos dos institutos, que hoy exhiben muy significativos resultados. Ernesto fue viceministro del medio ambiente durante cerca de tres años (1994-97), tiempo durante el cual fue en la práctica el coordinador del montaje de las diversas agencias que componen la institucionalidad ambiental de la cual hacen parte, además del ministerio y los institutos de investigación, las 32 corporaciones autónomas regionales, las autoridades ambientales de los grandes centros urbanos y la Unidad Administrativa Especial de Parques Nacionales Naturales.

Como lo mencioné, el legado intelectual de Ernesto es excepcional. Precisamente con motivo del primer aniversario de su fallecimiento se lanzará en los próximos días una página web en donde se encontrarán digitalizados sus numerosos libros, artículos académicos, informes de consultoría, columnas de periódicos. Se trata de una página muy amigable con el usuario que ha sido una iniciativa de su conyugue Helena De Vengoechea y que ha contado con la generosa colaboración de Helena Gutiérrez.

Gran parte de su obra sobre el medio ambiente la realizó en la Fundación Quinaxi que creó un vez salió del ministerio. Sin duda uno de los mayores aportes intelectuales es su aproximación del agua como eje del ordenamiento del territorio tal como la expone en su libro 'La región hídrica de Cundinamarca'. Ernesto fue un conocedor, como pocos, del papel que juega el agua en todos los órdenes del medio ambiente, de la vida y de la sociedad. Y es del caso mencionar aquí que el actual plan nacional de desarrollo se articula en un ordenamiento territorial que toma como eje central el agua, un asunto que le hubiese causado a Ernesto una gran satisfacción.

Ernesto retomó y afinó sus planteamientos sobre el agua en su última obra *Antropoceno: La huella humana. La frágil senda hacia un mundo y una Colombia sostenibles*. El éxito de esta impecable publicación lo revela el hecho que un año después de lanzada apareciera una nueva edición. Es un libro que debería ser lectura obligatoria para los estudiantes universitarios y para todos aquellos que deseen conocer los orígenes de esta nueva época ecológica creada por la acción de los seres humanos, que se traduce en una profunda crisis ambiental, así como los diversos riesgos que depara para el complejo tejido de la vida en la Tierra, los retos que nos plantea y sus posibles salidas.

Si bien su legado institucional e intelectual es excepcional resulta ineludible señalar, parafraseando a William Wordsworth, que la mejor parte de la vida de un buen ser

humano, como lo fue Ernesto, son sus pequeños e innumerables actos de bondad y amor sin nombre, los que surgen con frecuencia en nuestra mente, como lo hacen también los gratos momentos de encuentro y de afecto que siempre nos deparó con su buena conversación, su sentido polémico y sus lúcidas observaciones.

*Palabras pronunciadas en el primer aniversario de su fallecimiento. Bogotá, Capilla de Los Rosales, julio 25, 2023.